



A dónde irán las amorosas...

Poca gente imagina lo que ocurre cuando las sexoservidoras envejecen. Ni ellas mismas. La Casa Xochiquetzal, en La Merced, es un albergue único en el mundo que les ha ofrecido un refugio.

*Por
Celia Gómez Ramos*

*Fotos de
Benedicte Desrus*

(Pág. opuesta)

Siempre se supo bonita y de corazón enorme. Esa mirada digna y soñadora pertenece a una mujer que a sus 78 años se ríe de la vida y no se la toma tan en serio. Victoria es coqueta, inteligente y observadora. Es tan aguda con el doble sentido que no es buena idea pasarte de ingenuo con ella. La mano es su mejor cenicero, pues «fumar es un placer». No se anda con rodeos. Para Victoria, la Casa Xochiquetzal «es una victoria», tal cual.

(En esta Pág.)

La Casa Xochiquetzal abrió sus puertas en 2006. Varias de las aún residentes se dieron a la tarea de limpiar, arreglar, fabricar cortinas y hasta pintar el que sería su hogar. Un primer paso para contar con derechos fue apoyar a las mujeres a obtener sus documentos de identidad. Actualmente, las habitantes van de los 55 a los 80 años y han tenido que aprender a vivir en grupo y ser compañeras. Jimena es sonriente pero solitaria.

(Pág. opuesta)

Algunas de ellas son madres y nunca hubieran pensado en abortar; va contra sus principios. Aunque a la mayoría, sus hijos no las entienden. Ni siquiera porque hasta tuvieron que mantener con su trabajo, el sexual, a los padres de ellos. Por eso, del matrimonio, ni hablar. No es su tema favorito. ¿A qué edad una mujer que se dedica a la prostitución se siente vieja? A los 40, asegura Sonia.



Nadie pensaría que quienes habitan este albergue, asentado en el Centro Histórico del DF entre los barrios de La Merced y Tepito, han comerciado amor alguna vez... o aun hoy. Eran, o son, sexoservidoras mayores de 60 años que se encontraban en situación de calle.

Aunque varias de las residentes de la Casa Xochiquetzal ya se conocían, nunca pensaron ser amigas, pues siempre compitieron por los clientes. Ahora tal vez tampoco lo sean porque al habitar un mismo techo, encontrarse y convivir no ha sido fácil. La supervivencia las volvió rudas.

Las moradoras tienen techo, alimento, atención médica y psicológica. En esto pensó Carmen Muñoz, sexoservidora y fundadora de la casa. Luego vendría la asociación civil, que mantiene a partir de donativos y del apoyo que recibe de parte del gobierno local, que provee los alimentos y prestó el inmueble. Aquí se fomenta la participación en comunidad

de estas mujeres, que deben seguir reglas sencillas. Todas son libres de continuar con su trabajo en la calle o de emprender un pequeño negocio. El albergue, que ha atendido a más de 250 mujeres, es suyo.

Alrededor de esta casa de dos pisos, con patio techado al centro, adornado con fuente y plantas, los ambulantes pululan y los parques se destiñen con los años. Muchas comenzaron a trabajar en el de San Sebastián, justo frente a la Casa Xochiquetzal. Otras, lo hicieron en Loreto o en San Fernando.

El refugio nos ha brindado la posibilidad de conocer las historias y aventuras inagotables de sus habitantes. Diecisiete mujeres con mucho que compartir y enseñarnos. Están acostumbradas a desconfiar, a analizar los puntos débiles y los fuertes de los demás. Son sabias, divertidas, buenas narradoras y no se dejan de nadie. Benedicte y yo estamos trabajando en un libro con las voces de las habitantes, que recaudará donativos para la Casa Xochiquetzal (vocesdecasaxochiquetzal.com).







(Págs. anteriores)

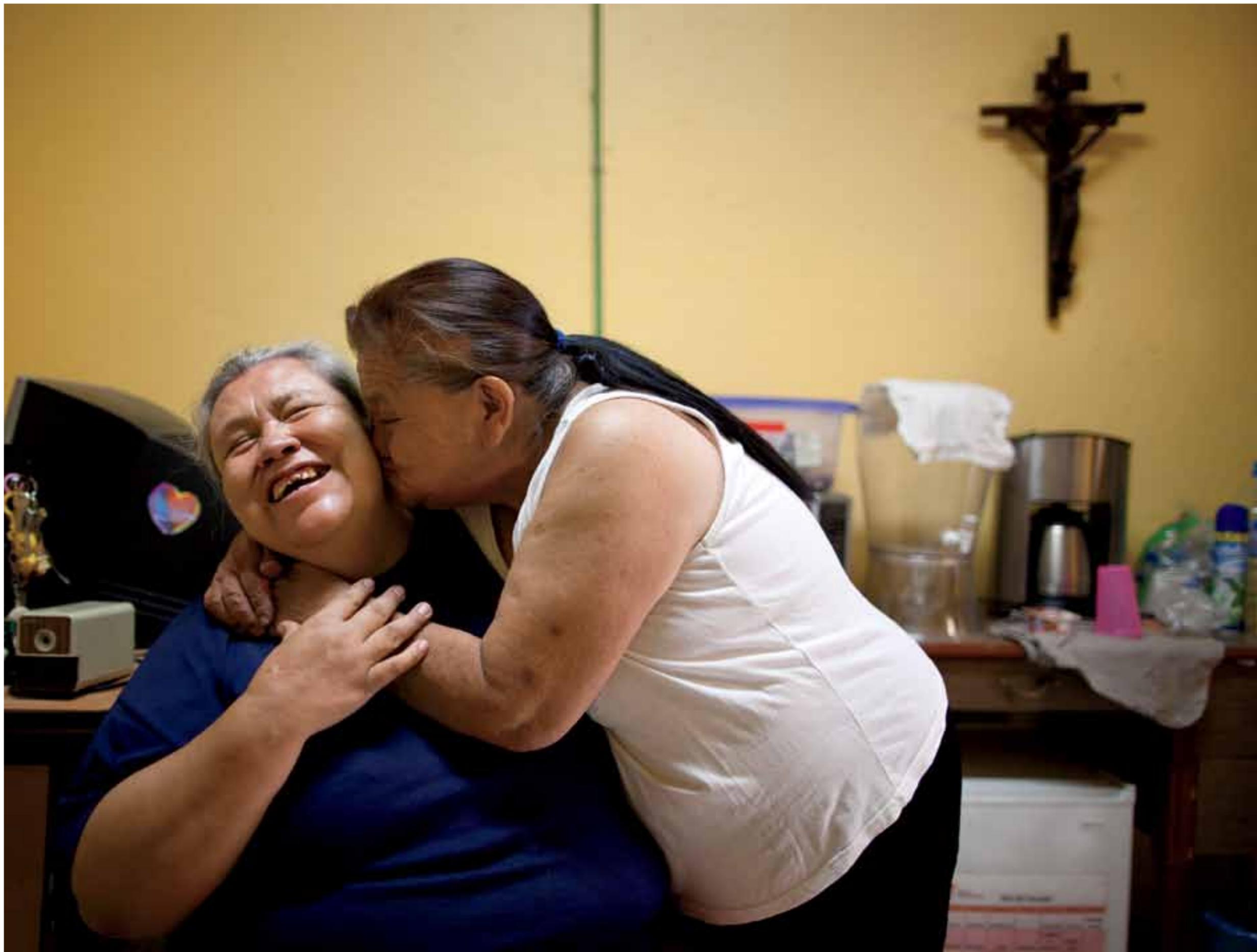
Cada una requiere su espacio. Tienen pocas pertenencias, pero excelente memoria. Vivieron mucho tiempo en hoteles, con dinero que alcanzaba apenas para comer y para pasar la noche, hasta que fue insuficiente. La mayoría lee desde *El libro Vaquero* hasta los bolsilibros, aunque Marisol prefiere la literatura y escribe poemas; Raquel es alegre, suele salir diciendo: «A pellejar», y tiene novio; Lourdes y Paola, religiosas y de carácter fuerte.

(Pág. opuesta)

El rostro sin maquillaje de Reinita. Como el resto de sus compañeras, necesita libertad e independencia: si desde niñas el hogar paterno les quedó chico y decidieron recorrer el mundo ganándose el pan por ellas mismas, el encierro les viene mal. La Casa Xochiquetzal es un albergue de puertas abiertas. Ha sido difícil que tengan y asuman reglas, pero lo han ido logrando. Las paredes que protegen sus sueños un día fueron el Museo de la Fama.

(En esta Pág.)

Las moradoras se encargan de sus habitaciones y lavado de su ropa; pero también, en roles, realizan actividades comunitarias como la limpieza de baños o la atención en cocina. Todas hacen algo por las otras y cuidan su casa. Una portera vive ahí 24 horas atenta a las necesidades. Recién asumió como directora Jessica Vargas González, tras cuatro años de labor en la casa; su pequeño equipo es de gente joven.



Con personalidades tan fuertes, algunas no se hablan mucho, pero se respetan. Han tenido una vida tan agotadora que no se dejan, ni un segundo. Vivir, para ellas, es mantenerse en guardia y defenderse. No obstante, son sabias y cariñosas si te abren su corazón. Se las saben de todas todas: conocen los sitios, los gustos y cada rincón de la zona, y otros tantos de los seres humanos. Este es un caso atípico: Norma y Canela, amigas. Una pedía a la otra que la acompañara a curársela.



BENEDICTE DESRUS Y CELIA GÓMEZ RAMOS

Benedicte Desrus (Izq.) es fotógrafa documental francesa. Interesada en proyectos humanitarios y sociales de largo aliento en el mundo, vive viajando. Así, en 2008 conoció la Casa Xochiquetzal, y en 2011 a Celia Gómez Ramos (Der.), cronista y narradora mexicana, que hoy se debate entre el periodismo y la literatura. Les gusta reír sin remordimientos, pero también observar vorazmente para aprender de la experiencia y sabiduría «de personas briosas». Abiertamente quisquillosas, están orgullosas de trabajar como equipo y buscan proyectos que les cambien la vida.